

Año. 12 No. 12. Semestre B de 2025 ISSN: 2322-9977

# ERGOLETRÍAS



Universidad  
del Tolima



ACREDITADA  
DE ALTA CALIDAD

*¡Construimos la universidad que soñamos!*



## ***Cuánta ruina habita las estancias?: infancia y desaparecidos en la poesía de Miriam Alicia Sendoya***

**Jorge Ladino Gaitán Bayona**

*jlgaitan@ut.edu.co*

*Profesor asociado de la Universidad del Tolima*

*Grupo de investigación en literatura del Tolima*

Gastón Bachelard señala en *La poética del espacio*: “La casa es nuestro rincón del mundo. Es nuestro primer universo. Es realmente un cosmos” (2000, p. 28). Sea real o la imaginada, a ella vuelve cada poeta: la ficción como morada ante las afrentas del entorno, pero también el anhelo de redimir la infancia para asumir el lenguaje como un factor lúdico que importa demasiado, en aras de la belleza.

Dicen que cada poeta, de una manera u otra, volca su memoria a la niñez, a esa privilegiada etapa donde la inocencia entraña lucidez porque se capta el mundo desde las asociaciones, comparando una cosa con otra para erigir mundos posibles, durante el juego

y la creación poética: “Los niños no son el futuro porque algún día vayan a ser mayores, sino porque la humanidad se va a aproximar cada vez más al niño, porque la infancia es la imagen del futuro” (Kundera, 1998, p. 46). Si un(a) poeta se aproxima otra vez a su infancia es para entender que, por más mirada crítica que contengan sus versos frente a la historia violenta de su contexto, queda siempre la utopía, los goces y placeres estéticos. De allí que las páginas de sus libros no caigan en la desesperanza absoluta y, en medio de las menciones de hechos dolorosos, exista espacio para eternizar instantes como estos del poema “Jugar a la gallina ciega”, de Miriam Alicia Sendoya Guzmán en su libro *¿Cuánta ruina habita las estancias?: infancia y desaparecidos en la poesía de Miriam Alicia Sendoya*:

La casa se  
agitá  
como  
sueño  
entre las  
nubes de  
la infancia.

Si miramos el  
pasado con  
delirio y  
volvemos a  
jugar a la gallina  
ciega y  
trepamos  
árboles y sus  
frutos  
resplandecen en  
las manos y el  
sol de mayo se  
lleva la monotonía  
que cae en abril con  
los cristales empañados por  
la lluvia que desgaja  
apenas asomada a la ventana.

Si fuéramos otra vez  
niños sin el silencio que  
nos acompañaba,  
viviríamos la era del  
internet como los  
nietos; armando  
estatuas y asombros.  
Volveríamos al pasado  
con sus muertos, las  
noticias de ayer que  
no eran mejores, pero  
la vida rodaba  
lentamente entre  
historias de abuelos y  
la magia de la casa.  
(Sendoya, 2025, p. 19).

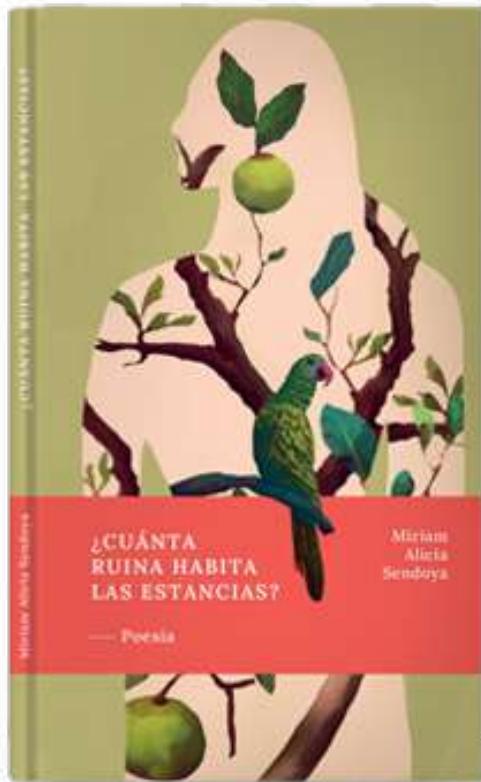


Volver a la infancia es pensar que este mundo, con sus guerras y obsesión por las redes y tecnologías, nos ofrece también la posibilidad de encontrar otras formas de la felicidad desde la simpleza, el asombro y el placer de escuchar o contar historias. Ahora bien, advierte Bachelard, “pareciera que la imagen de la casa fuese la topografía de nuestro ser íntimo” (2000, p. 30). La manera como se nombran las partes de la misma, los árboles, las plantas, los muebles, entre otros, dan cuenta de la visión de mundo del artista. Esta puede ser frente a su propia existencia, la casa familiar de los recuerdos, o la del país que se habita; así lo expresa Miryam Alicia Sendoya en su libro *¿Cuánta ruina habita las estancias?* (2025), donde una morada espera a quien no habrá de volver:

El visitante entra a la casa: el abandono, fatiga, la huida, duele el rumor del desvarío.

Muebles regados en la estancia; la mesa servida, los panes duros en el plato, el café seco en una olleta. Testigos de la prisa cuentan las horas lentas, tumba silenciosa de los dueños (Sendoya, 2025, p. 29).

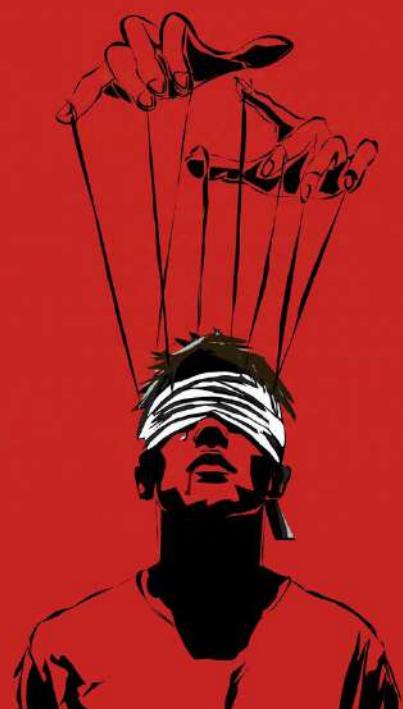
Dolorosos y bellos pasajes para pensar un país donde los números son escabrosos. La manera como están dispuestos los versos en la página crea la imagen de una casa vieja y en desorden. De allí la intencionalidad en la organización del lenguaje en las páginas del poemario. Según la página oficial de la Comisión de la Verdad, “entre 1985 y 2016 existen alrededor de 121.768 personas que fueron desaparecidas forzosamente en



Colombia” (2022). El informe final releva con precaución que la cifra corresponde apenas a casos denunciados. Muchas veces los familiares no denuncian por miedo, amenazas o porque las autoridades en ciertas zonas (rurales, sobre todo) tienen nexos evidentes con grupos al margen de la ley. De allí que “por medio de modelos estadísticos, que analizan el subregistro potencial, el proyecto permite estimar que el universo de víctimas de desaparición forzada en Colombia puede llegar a ser alrededor de las 210 mil víctimas” (2022). Pero las víctimas no son solamente quienes fueron retenidos de manera ilegal, quizás torturados y luego arrojados a cualquier lugar, bajo agua o la tierra, son también las personas de su núcleo familiar, a quienes, ante la ausencia de los restos mortales, les resulta casi imposible el duelo por no poder despedir a los suyos con los ritos necesarios. Personas afectadas en su proyecto

de vida porque están esperando a quien no ha de llegar. Aspecto sabiamente recreado en la literatura latinoamericana. Piénsese por ejemplo en las siguientes obras: el poema “Desaparecidos” (1984), de Mario Benedetti; la novela *Purgatorio* (2008), de Tomás Eloy Martínez; el libro álbum *Mañana viene mi tío* (2014), de Sebastián Santana, el cuento “Sin nombres ni rastros, ni rostros” (2008), de Jorge Eliécer Pardo Rodríguez; entre otras.

A través del recurso de la prosopopeya en el poema citada, se da alma y voz a los objetos que extrañan a sus dueños. La casa llora a los ausentes y cada cosa está en vigilia, en penosa espera, fosa abierta ansiosa de ritual, unas lágrimas y una despedida decorosa, “tumba silenciosa de los dueños” (Sendoya, 2025, p. 27). Versos sugestivos porque sugieren los tantos desaparecidos, desplazados y exiliados por culpa de las múltiples formas de la violencia en Colombia. De hecho, el verso donde la



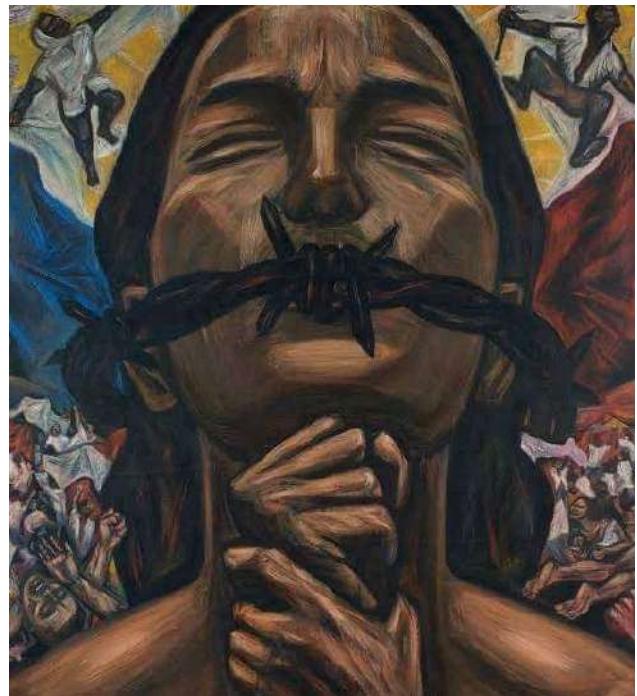
poeta nombra “panes duros” (p. 27) es un guiño intertextual y homenaje velado a uno de los poetas admirados por la escritora tolimense: Juan Gelman. Este escritor fue una de las víctimas de la Dictadura Militar Argentina (1976-1983), en tanto su hijo (Marcelo Ariel Gelman) y su nuera embarazada (María Claudia Iruretagoyena) fueron secuestrados y desaparecidos (el nieto del poeta fue adoptado de forma clandestina e ilegal en Uruguay). “Pan duro” es una imagen recurrente en los versos de Gelman cuando se alude a la desaparición forzada, a la vez es el título de un poema. En este rememora el rictus de la abuela cuando comía un pan de dos días atrás, acompañado del café durante la Guerra Civil Española. Décadas después, el nieto repite el ritual durante la Dictadura Militar Argentina: “Ahora soy yo el que coge el pan duro / y lo besa despacio / y se lo come haciendo migajas / con un café con leche. / Mi mujer no da crédito, / y se queda alucinada cuando le contesto / completamente en serio / que no le dé importancia, / que lo hago por la guerra” (Gelman, 2011, p. 74). “Pan duro” se volvió una alegoría a la poesía como resistencia; de hecho tanto Juan Gelman como otros(as) poetas argentinos habían creado un grupo literario con ese nombre durante la década de los sesenta.

El universo simbólico de la casa es el gran protagonista de *¿Cuánta ruina habita las estancias?*. El título atrapa porque nos confronta con una propuesta artística que, más allá de la rememoración de algunos momentos familiares, tiene como contracara heridas y ausencias. Esta la infancia como idilio y muchas imágenes sorprendentes sobre ese espacio amplio y querido -tan distintos a los apartamentos actuales, pequeños como bobedas fúnebres- donde había patio, jardín, juegos infantiles, mecedoras y árboles donde al subir se conectaban espiritualmente las distintas generaciones de una familia: “los

niños soñabamos castillos en la nubes / las golosinas y el viento [...] Nuestras sonrisas / pintadas en el cielo. / La complacencia de la abuela / en el solar misterioso de la vida" (Sendoya, 2025, p. 49). Sin embargo, también está el otro lado angustioso del espejo y la estética de contrastar la belleza de los paisajes naturales con la angustia por los miles de muertos en la historia de Colombia. De allí la presencia de poemas que se nutren de la antítesis, de la ironía y el juego de opuestos. Esta cuestión es algo presente en el último poemario de Miryam Sendoya, pero también de otros anteriores. Al respecto, vale la pena recordar "Pais-casa":

Este país que nació en el trópico,  
tiene cuerpo de mujer ebria y trágica,  
una casa es este país que envejeció  
y se fue quedando sola.  
Fantasmas arañan la noche.  
Es hora de cerrar los ojos.  
La sordidez de los días.  
Es tiempo de enterrar a sus muertos  
(Sendoya Guzmán, 2018, p. 311).

En *¿Cuánta ruina habita las estancias?* la poeta Sendoya juega con las palabras, los silencios y la disposición de los versos en la página para llevarnos a una casa-espejo donde podemos ver nuestras propias existencias. La morada de la poeta es también la nuestra. En ella aguardan mamás inolvidables, seres queridos, las mascotas y hasta los árboles que trepábamos para tomar sus frutos y que, por décadas, vieron la colvulsa patria. Al respecto, dice el poema "Amargo sabor la partida": "El viejo árbol de guayaba / estuvo en pie entre una / guerra y otra; fue testigo / del canto destemplado de las / loras y los redobles de violines en el tiempo. / De viejo se abrió como una / mujer cuando va a parir un hijo, / y de cansancio y pena / cayó inesperadamente con el / amargo sabor de las partidas" (Sendoya, 2025, p. 73).



Las líneas de la autora son de una visibilidad enorme y se nutren de la antítesis, la prosopopeya y una ambigüedad calculada para que el texto literario se abra a la multiplicidad de sentidos. El lector puede ver en su imaginación ese árbol que resistía al paso del tiempo y que, a su manera, tenía memoria y sufría con lo ocurrido en su contexto. Más que la vejez en su savia, lo derrumbará la tristeza de saber que la casa se queda sola. Acaso porque sus dueños buscaron otros rumbos y edificaciones para desarrollar sus existencias. Quizás también porque fueron expulsados de la tierra querida por causas violentas (el desplazamiento forzoso en Colombia) o porque se fueron para siempre los que le daban agua, cuidado y afecto (si eligieron irse o fue la parca la que signó su destino lo deja la poeta ibaguereña a la imaginación de cada uno).

En la obra de Miryam Alicia Sendoya existe "una belleza tan desgarradora como luminosa" (2015, p. 2), resalta la poeta Agueda Pizarro en el prólogo de *Muro de sombras y de pájaros*, libro con el cual la

autora ibaguereña obtuvo en 2014 el Premio Ediciones Embalaje, el cual se otorga en el marco del Encuentro de Mujeres Poetas Colombianas (Museo Rayo en Roldanillo, Valle del Cauca). Los desgarros frente a quienes parten de sus tierras por muerte natural o por esa otra forma violenta de la partida que es el exilio (interno o externo), se matizan con la cadencia y plasticidad del lenguaje poético. Por lo tanto, los temas, por duros que sean, van sobre un tejido verbal ligero, poemas breves, ricos en metáforas y recursos retóricos. De allí el “carácter luminoso”, referido por Agueda Pizarro, y que, en el último poemario de Miryam Sendoya, nos ofrenda imágenes como estas: “Padre tenía la costumbre de los condenados; / se despedía como si fuera la última vez. / Cuando la enfermedad llegó / no volvió a espantar la muerte; / dormía con ella, / como acariciando una amante” (Sendoya, 2025, p. 17); “Soy el acertijo, / soy la pureza de las raíces / que sueñan” (p. 69).

Miryam Alicia Sendoya es una de las grandes poetas del Tolima y nutre el panorama de la actual lírica colombiana, como lo están haciendo varias voces del mismo departamento: Nelson Romero Guzmán; Luz Mary Giraldo; Mery Yolanda Sánchez; Julio César Arciniegas Moscoso; Esperanza Carvajal Gallego; Luis Eduardo Gutiérrez; Daniel Mauricio Montoya Álvarez y Myriam Castillo Monsalve; entre otras. De la impronta de la poeta Sendoya es su inclusión en antologías nacionales y chilenas (tiene la doble nacionalidad pues residió en el país austral por largo tiempo). Ese mismo carácter viajero de la escritora ha permitido ver de otra manera la historia convulsa de una Colombia llena de paradojas: muchos bailes, fiestas y maravillas naturales que tienen como contraste las masacres, los desplazamientos forzados, el asesinato de líderes sociales y otros flagelos. Como expresa Juan Manuel

Roca, “aquí hay palmeras cantoras / pero también hay hombres torturados. / Aquí hay cielos absolutamente desnudos / y mujeres encorvadas al pedal de la Singer / que hubieran podido llegar en su loco pedaleo / hasta Java y Burdeos” (2022, p. 26).

Una de esas “mujeres encorvadas” a las que rinde homenaje la poeta Sendoya es María Guzmán, “maga de soles y de risas”. Esta “vieja de dientes roídos por el tiempo” aparece una y otra vez en *¿Cuánta ruina habita las estancias?* Se constituye en un símbolo de cada abuela querida de nuestro país, el alma de cada casa y cuyo afecto se queda grabado en la memoria para siempre. En ella están la ternura, la conexión profunda con la tierra y la bondad de compartir su comida con toda criatura: “Alimentaba a sus pájaros con changua. / Ella, la hechicera del cosmos, / sigue habitando desde / la infancia y la fantasía” (Sendoya, 2025, p. 57). Al recorrer las páginas en el viaje de la lectura, cada uno puede sentir que los versos abren en su interior el baúl de los recuerdos para rememorar la infancia y amar, otra vez, la figura de seres queridos.

El reciente poemario de Miryam Alicia Sendoya merece ser leído no solo por aquello que dice, sino también por cómo lo dice. En su obra hay equilibrio entre el fondo y la forma. Su libro trasciende el artificio de las figuras estilísticas porque acá “la poesía es la instauración del ser con la palabra” (Heidegger, 2012, p. 125). La rememoración de paisajes naturales, pero también paisajes humanos, de su antigua casa familiar y de la casa-pais, hacen valioso *¿Cuánta ruina habita las estancias?*. Su reciente publicación consolida una trayectoria literaria que ya cuenta con otros poemarios a la fecha: *Sin razón alguna* (2019); *Muro de sombras y de pájaros* (2014); *Breviario para el jardín* (2004); *Soles rotos* (2003); y *Girasol* (2000).

# Referencias

- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benedetti, M. (1984). Desaparecidos. *Geografías*. Buenos Aires: Editorial Alfaguara.
- Comisión de la Verdad (2022). Desaparición forzada. Recuperado de: <https://www.comisiondelaverdad.co/violaciones-de-derechos-humanos-infracciones-al-derecho-internacional-humanitario-y/desaparicion>
- Heidegger, M. (2012). Hölderlin y la esencia de la poesía. *Estéticas del siglo XX*. Carlos Fajardo Fajardo (comp.). Bogotá: Ediciones Desde Abajo, p.p. 123-140.
- Gaitán, Bayona, J. L. (2020). “País-casa”: la intimidad violentada en la poesía de Miriam Alicia Sendoya Guzmán. *La santidad del ocio*. Ibagué: Editorial Universidad del Tolima, p.p. 39-49.
- Gelman, J. (2011). *Poesía reunida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Martínez, T. E. (2008). *Purgatorio*. Bogotá: Editorial Alfaguara.
- Pardo Rodríguez, J. E. (2018). Sin nombres, ni rostros, ni rastros. *Los velos de la memoria*. Cali: Universidad del Valle, p.p. 49-52.
- Pizarro R. A. (2015). Caligrafía del dolor, prólogo del poemario *Muro de sombras y de pájaros*, de Miryam Alicia Sendoya. Roldanillo (Colombia): Ediciones Embalaje, pp. 1-7.
- Roca, J. M. (2022). *Mulieribus*. Medellín: Sílabo Editores.
- Santana Camargo, S. (2018). *Mañana viene mi tío*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sendoya Guzmán, M. A. (2025). *Cuánta ruina habita las estancias*. Ibagué: Editorial Nousbooks.
- Sendoya Guzmán, M. A. (2000). *Girasol*. Ibagué: Editorial Atlas.
- Sendoya, M. A. (2015). *Muro de sombras y de pájaros*. Roldanillo (Colombia): Ediciones Embalaje.
- Sendoya Guzmán, M. A. (2018). Selección de poemas. *Ganadoras Gran Premio Ediciones Embalaje, encuentro de poetas colombianas*. Clara Schoenborn (ant.). Bogotá: Uniediciones.
- Sendoya Guzmán, M. A. (2003). *Soles rotos*. Bogotá: Ediciones Sociedad de la Imaginación.

# ERGOLETRÍAS



Universidad  
del Tolima



ACREDITADA  
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

